

CON MARÍA EN LA ALIANZA EN ALIANZA CON MARÍA

Más que 'En Alianza con María' [título del Documento de CLM, Burdeos] me hubiera gustado 'Con María en la Alianza', para evitar convertir a la Virgen en término último de la relación religiosa, con peligro de oscurecer a Jesucristo en quien el Padre Dios sella la Alianza en favor de la Humanidad, y único Mediador de la misma. A la Iglesia y a María su modelo por excelencia corresponde acoger a Jesús en fe y así transmitirlo al mundo¹.

Estas palabras han suscitado el deseo y la invitación por parte de la revista *Mundo marianista* de que sean comentadas por su mismo autor, el cual lo hace respondiendo así a tan legítimo deseo e invitación tan cordial.

Tras una primera recogida de datos sobre Alianza con Dios y otras alianzas en la Biblia, y sobre la relación entre la Alianza con Dios y la alianza con María en el pensamiento del Beato Guillermo José Chaminade, iluminaremos -en una segunda parte y de manera más detenida- nuestro tema a la luz de la teología actual.

Esperamos así poner de relieve la vigencia y la actualidad del carisma mariano del Beato Guillermo José y de la figura de éste, irremplazable y siempre necesaria, como Fundador de la Familia marianista.

1. ALIANZA Y ALIANZAS

Alianza con Dios y otras alianzas en la Biblia

En la Sagrada Escritura la Alianza por antonomasia es la que Dios por su propia iniciativa sella con los hombres. En el texto sagrado se mencionan también otras alianzas, humanas, que escribiremos con minúscula, se muevan o no dentro de los planes de Dios.

La Alianza, Antigua y Nueva, entendida como Testamento da nombre al conjunto de los libros de la Sagrada Escritura, que como herencia maravillosa Dios nos entrega, y cuya aceptación creyente Él nos solicita.

La Alianza de Jesús y en Jesús conduce a su culminación a la que con diversas formulaciones Yahvé fue contrayendo con su Pueblo a través de diferentes mediadores como Abraham y sobre todo Moisés, que la expresó derramando sangre -¡expresión e instrumento no de horror sino de Vida!- sobre el altar de Dios y asperjándola luego sobre el Pueblo.

En Jesús se realiza la Alianza Nueva y eterna, válida para siempre en el Espíritu, prometida por Ezequiel -derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará- y por Jeremías, destinada no sólo a los líderes y a los grandes, sino a todos pues, impresa en el corazón, *todos hasta los más pequeños me conocerán*.

Cuando Jesús consuma la Alianza ésta adquiere la forma de Testamento de la manera peculiar que percibimos al trasladarnos al ambiente en que celebra su cena de despedida, la Última Cena, en una atmósfera familiar, y al mismo tiempo densa y

¹ José Ramón GARCÍA-MURGA, en *El Esporádico*, 50 (Oct 2005) p. 20.

profunda. Jesús se despide, expresa sus últimas voluntades, resumidas en un mandato indicativo de humanidad y por eso mismo abierto al Horizonte Infinito del Abbá Dios.

Realizaos en el Amor...-viene a decir Jesús-... en el Amor que yo os he enseñado al lavaros los pies como Maestro de la humildad que sólo a la inescrutable Trascendencia del Poder del Amor -no de Amor del Poder- le es posible practicar.

La Alianza de Jesús supuso el descenso de Dios para encarnarse en la humilde carne de su Hijo engendrada en el seno de una humildísima mujer, y seguir descendiendo con él al Jordán como Siervo contado entre los pecadores, y a la Cruz apareciendo como un maldito, y hasta a los infiernos según la expresión del símbolo de la fe.

Jesús desciende y su Alianza se hace operativa en quienes se abren al horizonte de fe que supera el horror de quienes invitados a comer su carne y beber su sangre se abren por fin al realismo de hacerlo en el espíritu con que esa invitación fue pronunciada.

La alianza con minúscula pero a veces muy bella tiene en la Biblia sentidos varios tomados del mundo de la vida. Designa por ejemplo la amistad de Jonatán hacia con David, *pues le amaba como a sí mismo* (1 Sa 18,3), que llevó al primero a proteger a su amigo de las asechanzas del rey Saúl, señor de David y padre de Jonatán.

La alianza alude asimismo a pactos políticos y guerreros, no pocas veces denunciados por los profetas por postergar la más importante de todas, la Alianza sellada por Dios con su Pueblo. Ésta se expresa a veces como alianza de enamorado que reviste a la mujer llegada al tiempo de sus amores con ropajes riquísimos y amor de elección².

Las alianzas humanas que se abren al don de la Alianza, participan de la seriedad de ésta y pueden convertirse en camino hacia la misma Alianza con Dios y expresión de la misma.

Conviene retener dos rasgos del vocabulario de la alianza: amor y fortaleza, llamados a compenetrarse entre sí. La Alianza y las alianzas adquieren toda su profunda seriedad cuando se hallan penetradas por la benevolencia solidaria y siempre fiel de Dios, por su *hesed we 'emet*.

Alianza con Dios y alianza con María en el pensamiento del Beato G. J. Chaminade

La alianza con María y las expresiones que en el Beato Guillermo José a ella se refieren, no deben hacer olvidar el contexto en que éste la sitúa, ni su conciencia muy clara de la primacía de la Alianza de Dios con Abraham, Moisés, con los hombres, con la propia María en virtud siempre de la propia iniciativa divina.

Quien se asome a los índices analíticos –magníficos- de los cinco tomos hasta ahora publicados de *Écrits et Paroles*³ (=EP) comprueba con claridad dos cosas: a) Que son muchos más los textos en que Chaminade se refiere a la Alianza con Dios que a la alianza con María. Ni en EP 4, ni en EP 5, aparece el vocabulario de la alianza como referido a una alianza de María con nosotros o de nosotros con María; en los demás volúmenes son asimismo muchos más los textos que no se refieren a la alianza con María. b) Que la alianza con María se halla claramente subordinada a la Alianza con Dios y se encuentra siempre en función de la misma.

Empleando la misma documentación se percibe asimismo que la alianza con María se contrae con el fin de profundizar la Alianza con Dios, y supone, no sólo conocer a María y rendirle culto como lo hace todo cristiano en general, sino determinar más las prácticas y deberes que de ese culto derivan.

² Cf Ez 16,6-14

³ A. ALBANO (ed), *Écrits et paroles*, vols 1-4 *Le temps de laics*, Piemme, Casale Monferrato, 1994-2002 ; vol 5 *Le temps de religieux*, ib, 1996.

Estar en alianza con María no se presenta pues como algo de poca monta sino como un medio para profundizar en la Alianza con Dios, crecer en ella, y responder a la misma. Habrá que plantearse si no es ésta *la* intuición carismática del BGJ, el núcleo de su carisma de Fundador, que sin excluir nada todo lo colorea comunicándole un carácter específicamente marianista.

Ello se percibe en documentos referidos a los laicos, y en otros relativos a los religiosos. En la Congregación de Burdeos⁴ la renovación de la “Alianza con el Señor” se realizaba con gran solemnidad de modo que la misma ceremonia subrayase la responsabilidad de guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y los votos del Bautismo; sólo así será posible alcanzar la inmortalidad simbolizada por una soberbia corona que preparada de antemano figuraba en un lugar destacado del presbiterio. El celebrante, en un diálogo previo con el diácono que presentaba a los renovantes, señala la importancia de que éstos no se contenten con fórmulas de buena voluntad, y pronunciaba luego “el discurso sobre la corona del cielo”; sólo después de todo esto los candidatos renovaban sus compromisos con un cirio encendido en la mano que *al día siguiente* se utilizará para renovar *la alianza con María* que comportaba compromisos más específicos.

En lo relativo a los religiosos se descubre la misma concepción en el orden de las meditaciones cuarta, dedicada a la Alianza con Dios, y quinta, a la alianza con María, del retiro de 1817, año de la fundación, de tanto significado en la Compañía de María⁵. En esa quinta meditación el Beato Chaminade invitó a *elegir* a María y a entrar en *alianza* con ella. Al cumplir su parte en ésta María *nos hace entrar en posesión de su ternura, de sus bienes, y de su poder*. El religioso por sus votos y como consecuencia de un amor del todo filial se comprometerá sobre todo a la asistencia, a la benevolencia activa, a participar en lo que se llamará misión apostólica de María tan claramente presente en el voto de estabilidad de los religiosos.

A éstos y a los laicos que profundizan en su compromiso de cristianos Chaminade – estimulándolos como responde a la vocación de todos a la santidad- propone una devoción mariana especial que más allá de la devoción común supone el compromiso de vivir en alianza con María y al servicio de su misión apostólica. J.B. Armbruster con su reconocida competencia distingue muy bien entre la enseñanza común sobre María del Fundador y su enseñanza especial⁶.

2. CON MARIA EN LA ALIANZA

María en Alianza con Dios desde el primer momento de la Encarnación

Más acá y más allá del vocabulario de la Alianza, lo fundamental es que la Virgen se pone y vive en ella por el hecho mismo de acoger como madre y como creyente a Jesús como ninguna otra criatura podría hacerlo.

El Hombre Jesús es nuestra Alianza. En Él, Mediador Único, nuestra carne débil, adámica, vulnerable y mortal, sana: esta carne al ser hecha suya por Jesús recibe en Él la Unción del Espíritu Santo que el Señor como Unigénito de Dios posee por derecho propio, y de la que como Cabeza del género humano nos hace participar. En

⁴ Ver EP 2, 149 y 150.

⁵ Ver EP 5, 20.4-5; 20.6-8; las notas son de J.B. Lalanne.

⁶ J. B. ARMBRUSTER, *Avec G.-Joseph Chaminade fondateur des marianistes 1761-1850 connaît, aimer, servir Marie*, Paris, 1982 (tr it, Cinisello Balsamo, Edizioni Paoline, 1987, 96-97, y distribución general de la obra.

consecuencia, vivir en Alianza con Dios equivale a vivir en Jesús compenetrándose con Él y con su misterio.

Para que la Alianza de Jesús pueda obrar en sus hermanos es preciso que cada uno de éstos la acepte prestándole el asentimiento, el hágase de su libertad. Este sí implica considerar a Jesús no sólo como un modelo de conducta sino, como estamos diciendo, una compenetración con Él que conduzca a vivir en Él y para Él; supone decir, *en el Espíritu Santo*, que *Jesús es el Señor*⁷ sabiendo que este Jesús plenamente nuestro, se halla al mismo tiempo del todo abierto a la trascendencia del Abbá que al comunicarnos el Espíritu de su Hijo nos hará en Él también hijos incorporados a su Alianza.

Dicho de otro modo, es preciso incorporarse al *misterio* del Jesús terreno que se desarrolla en las vicisitudes múltiples y en las situaciones tan diversas de su vivir cotidiano. Pues cada paso de la vida de Jesús como advierte la tradición de la Escuela francesa que recibe nuestro Fundador, y ya antes la ignaciana de los Ejercicios, constituye un *misterio* con el que el creyente está llamado a configurarse a través de la contemplación y el compromiso de vida.

En el lenguaje del Beato Guillermo José, el designio divino de la Encarnación comprende el conjunto de esos *misterios* que van desde la concepción de Jesús hasta su Muerte y Resurrección pasando por todos los episodios de su vida en Nazaret y su ministerio público. Cada uno de esos momentos o misterios se nos ofrece con dos caras, *externa* la una, las palabras, gestos y acciones de Jesús; *interna* la otra, que oculta a la percepción inmediata de nuestros sentidos, se comunica al creyente que movidos por la gracia toma contacto con la empírica y visible.

María con su sí hecho consciente bajo la influencia del Espíritu Santo, fue la primera en adentrarse en el misterio de su Hijo, poniéndose en contacto con él como toda madre lo hace con su pequeño al acariciarlo y atenderlo; palpaba así la cara externa del misterio. Además, la Virgen a partir de cada gesto de Jesús y gracias a su fe, conducida por el flujo interno y divino del Espíritu Santo que se le dio al concebir a su Hijo y que no cesó de fluir mientras con Él convivió, se adentró con libertad creyente y de manera inigualable en los misterios de su Hijo.

Surgió así una doble y simultánea compenetración de María con Jesús gracias a que el Espíritu la conducía desde los hechos concretos de la historia terrena de su Hijo hasta la hondura de su infinita trascendencia. Proceso del que Chaminade fue plenamente consciente. Basten los textos siguientes para comprobarlo:

*Puesto que [el Salvador] escogió al hombre para revestirse de su forma, como hombre quiere nacer, sufrir y morir. En consecuencia, una mujer lo concebirá en sus entrañas, lo llevará en su seno, lo hará nacer a la vida humana, lo alimentará con su leche, lo enseñará a hablar, lo sostendrá en su pequeñez; y esta mujer será la Madre de todo un Dios, y lo tendrá bajo su potestad*⁸

*El Hijo de Dios se dejará cuidar, alimentar, educar y vestir por una criatura que ejercerá hacia él todos los deberes de la maternidad. No pudiendo sostenerse a sí mismo ni atender a sus necesidades, el Verbo eterno, niño pequeño, reposará sobre las rodillas de María, y sobre su corazón; se alimentará de su leche, solicitará la ternura de sus caricias, se mantendrá a sus pies, la escuchará dócilmente*⁹.

La investigación actual ayuda a determinar más que lo pudo hacer Chaminade los hechos de la historia de Jesús, y la de María, y así aparece mejor cómo ésta nunca fue extraña a las vicisitudes de nuestro humano destino; fue la Madre de Dios, pero sin

⁷ Cf. 1 Co 12,3

⁸ EM II,450 (tr G^a-M).

⁹ EM II, 461 (tr G^a-M).

dejar de ser nunca en esta tierra la Madre de Jesús, compartiendo con Él el sustrato histórico, indiscutible y perfectamente situado en sus correspondientes coordenadas espaciotemporales, que se adivina en los mismos relatos de la infancia por más que éstos se reelaboren a veces con el fin de mostrar mejor su sentido de trascendencia.

Sin estar de acuerdo con la situación humillada de la mujer en aquellos tiempos, descubrimos a María trabajadora en las tareas del hogar, en escucha silenciosa de las lecturas bíblicas en la sinagoga sin poder ella misma tomar la palabra en el culto como lo hacían los varones; la descubrimos llamada con su pueblo a la libertad, y sintiéndose por ello afectada por la dominación romana y la crueldad de Herodes, e interrogándose quizá sobre el sentido de los sufrimientos pronosticados al Mesías por el profeta Daniel...

Todo esto ayuda a conferir realismo y a eliminar visiones excesivamente bucólicas o idealistas de la vida en Nazaret. María es toda de nuestra tierra, toda a nuestro lado, pobre, de profunda religiosidad, y situada en los conflictos de la historia y en las dificultades del existir es también una mujer llena de fortaleza. He ahí la cara externa del misterio en la que ya afloraba el atractivo que la conducía siempre mar adentro.

El relato de la Anunciación del Señor tan estimado del Beato Guillermo José nos presenta ya a María como invitada a adentrarse en el misterio profundo de su Hijo que el ángel le presenta. San Lucas hace que el mensajero en su anuncio aluda al Hijo como al Señor que viene, Grande, Hijo del Altísimo, Hijo de David y Mesías, Rey para siempre..., títulos todos indicativos de la trascendencia de quien deberá ser llamado Jesús, Yahvé Salvador¹⁰.

Formulando así el anuncio y dirigiéndolo a María, el evangelista se propone mostrarla como envuelta y tomando conciencia del misterio de las acciones del Dios de la historia, que Ella conocía ya internamente gracias a la lectura, cíclica en la Sinagoga, de la Escritura, y que Ella vivía también intensamente al celebrar las fiestas del calendario judío que tanto actualizaban esa historia.

La observación de Chaminade de que María “conoció el proyecto divino [de la Encarnación] en toda su extensión”¹¹, hemos de interpretarla desde este mismo punto de vista, no como si a la Virgen le fuese revelado el desarrollo del plan divino de antemano y con todos sus detalles, sino porque se la hizo sentirse invitada en un proyecto desbordante que, trazado por la mente del mismo Dios, se pondría en práctica en virtud del poder de su Espíritu Santo... con tal de que Ella prestase su consentimiento.

Todo gravita pues -bien lo mostró Stanislas Lyonnet¹²- hacia el *Fiat* de María. Ella lo formuló como un Sí libre, fruto del deseo de asentir a cuanto Dios le pidiese, sin reservas y poniendo en juego su libertad creativa por entero.

La opinión exegética autorizada que, basándose en la orientación singular de todo el relato hacia el *Fiat* de María, lo considera como perteneciente al género literario de la Alianza, converge con nuestros intereses.

El resultado en efecto de todo este proceso de convivencia física y creyente, prolongado hasta el momento en que Jesús emprende su vida pública, no puede ser otro que una *compenetración* hondamente humana y divina a la vez con su Hijo, y una creciente *identificación* con Él, consecuencia de la conducción que el Espíritu Santo iba haciendo de su vida.

¹⁰ Cf Lc 1,32-33.

¹¹ Cf. EM II, 482

¹²S. LYONNET, *L'annonciation et la mariologie biblique*, en *Maria in Sacra Scriptura*, IV, Roma, 1967, 59-72

Esta identificación la subraya el Beato Chaminade con claridad extrema en un texto a cuya afirmación central asentiremos, tras ejercitarnos en una pequeña dilucidación semántica. He aquí el texto:

bástenos saber que cuando el Verbo de Dios se anonadó en el seno de la Augusta María bajo la forma de esclavo, ella lo concibió al mismo tiempo en su alma por la fe hasta el punto de llegar a ser otro Cristo en persona (de manière à devenir un autre lui-même); y desde ese instante asociada a todos sus pensamientos y a todos sus sentimientos, se sintió nueva Eva, y se prestó como tal a la divina operación de su Hijo que nos engendró espiritualmente en ella y con ella¹³.

La afirmación central es que María desde el momento mismo en que concibe al Salvador es configurada con Cristo.

La expresión discutible es que Ella se transforma en Otro Cristo. Considerar a María como *Alter Christus* a primera vista parece situarla en paralelo con su Hijo incurriendo así en el riesgo de bifurcar la mirada creyente hacia dos polos y entorpeciendo que se dirija sin impedimento alguno hacia el único Señor.

Resulta sin embargo capital considerar que esa configuración se realiza *gracias a la fe de María*, y ésta queda así situada en el lugar subordinado que corresponde a la persona creyente que al abrirse a Cristo por la fe, lo convierte en virtud de esta misma fe, en Señor único de su existir.

Renunciamos a seguir analizando la expresión (tal vez más dinámica en el original francés que en sus traducciones) para insistir en la conclusión que extraemos de este apartado: María se halla en Alianza con Dios como efecto de su compenetración humana y creyente con su Hijo.

La Virgen al abrirse por la fe a la operación del Espíritu Santo permitió la Encarnación en ella de Jesucristo nuestro Señor. La Encarnación comportó para María *permanecer en Él, vivir como Él vivió* (1 Jn 2,6), identificarse con Él mediante una fe que a través del velo de la carne (la cara externa del misterio) se maravillaba descubriendo progresivamente la identidad de su Hijo.

Esta configuración dinámica, máxima en cuanto ajustada a la interpelación y a la posibilidad de cada momento, suponía una identificación -¡aún abierta hacia el futuro! de la Virgen con Cristo en virtud de la fe, prototípica y sin par.

Aceptar a Jesús equivalía a aceptar la Alianza, y por ello podemos afirmar que para el Beato Guillermo José, y considerando las cosas desde el punto de vista más de los contenidos y que de los puros términos, ya desde la Anunciación María se halla de manera inigualable en *la Alianza con Dios*.

Mujer de la Alianza compenetrada con el mesianismo, nuevo, de Jesús

La Alianza con Dios implica en cuanto Testamento la muerte del testador, inseparable en el caso de Jesús del sentido que Él mismo, entregándose a ella por Amor, le dio en la última Cena con sus discípulos.

Al desafío de la existencia de Dios, el primero que tiene que afrontar toda religión, el cristianismo responde con otro mayor, “uno de nosotros, Jesús, es Dios”. A la pregunta sobre cómo una religión y su Dios manejan el problema del mal y de la muerte, la respuesta cristiana no es menos sorprendente, Dios libera pasando en su Hijo por la muerte.

¹³ EM II 491 (tradn G^a-M).

Si la compenetración entre María y Jesús trasciende los lazos humanos falta aún por revelar el lugar que el sufrimiento iba a desempeñar en la tarea mesiánica a la que Jesús se entrega a partir de su Bautismo.

Cuando Jesús comenzó a hablar de su muerte en Cruz, los discípulos –Pedro el primero– se escandalizaron. ¿Cómo el dolor y la muerte cruenta, que el ser humano y el mismo Dios trabajan por evitar, iban a convertirse en camino para sacar de males a los humanos?

Desde muy pronto comenzó María a encontrar cosas poco coherentes con la presumible condición mesiánica de su Hijo, nacido en pobreza y adorado por unos simples pastores; Ella no se rebeló pero según san Lucas reflexionaba sobre tales contradicciones y les iba dando vueltas en su corazón.

En el relato de las bodas de Caná del evangelio según san Juan, otro de los especialmente estimados por nuestro Fundador y por toda la Familia marianista, Jesús parece unir uno de sus primeros signos de poder con una especial iniciación de María en el secreto de su mesianismo.

Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Aún no es llegada mi Hora. En lugar de dirigirse a María con el nombre de madre como hubiera sido habitual, la llama *mujer*, interpelación que a los oídos rabínicos supondrá una falta de respeto inadmisibles.

La distancia nítida que Jesús señala respecto de su madre, es similar a la que en san Marcos pone de relieve cuando Ella y sus hermanos lo buscaban, prefiriendo como madre y hermanos a los que escuchan la Palabra y la ponen en práctica.

¿Distancia o distinción de planos? En Caná María indicó a su Hijo un problema de gran entidad humana para aquellos aldeanos, la falta de vino en sus bodas; esa petición, atendida por cierto, se movía en el plano de la relación con Dios previsible desde la religiosidad humana, coherente podríamos decir con el plano de la carne y de la sangre.

Pero hay otro nivel apenas insinuado en el que María aún no se sitúa, y cuya revelación habrá de esperar el plano o nivel determinado por el desarrollo de los acontecimientos hacia la Hora.

Ésta será la Hora del Calvario que en Caná comienza a despuntar como una referencia nueva en el horizonte de la peregrinación de la fe de la primera creyente, llamada así a ir integrando en su vida con nueva intensidad la dimensión sufriente del mesianismo de su Hijo.

A la interpelación abrupta de Jesús, María da una respuesta muy distinta a la de Pedro antes aludida; Ella guarda silencio, pone a los sirvientes a disposición de Jesús (que en efecto proporciona el vino requerido pues el plano de la naturaleza no queda excluido del de la gracia), y, sobre todo, sabiéndose *Mujer*, se orienta hacia la Hora.

Caná señala el comienzo del tramo final del designio de la Encarnación, la muerte redentora, *la obra de los siglos* como la llamó Pablo VI, la mayor de las jamás realizada en respuesta a los verdaderos intereses generales del Humanidad, la más dotada de carácter público, la que constituye el fundamento y piedra angular de la verdadera ciudadanía cristiana.

En ese momento, como Simón el hijo de Juan que pasa a llamarse Pedro, también María en vez de madre se oye llamar de una manera nueva, *mujer*.

Mujer designa hoy a la persona de condición femenina que reivindica plenos derechos de ciudadanía, deseando aportar en pie de igualdad su contribución peculiar en todos los planos de la convivencia, sin aceptar dualismos entre el hogar –a cuyos quehaceres ha de incorporarse también el varón–, y la *polis* en cuyas tareas la mujer ha de hacerse asimismo presente sin renunciar por eso en la familia a su papel de madre.

María, *la Mujer*, no reivindica nada pero es convocada por su Hijo a asociarse a su obra, tras un duro entrenamiento en los caminos de la verdadera salvación. Avanzará

intrépidamente en la fe con los ojos fijos en su Hijo y los oídos abiertos a sus palabras, dispuesta toda ella al discernimiento y a la obediencia.

El episodio de Caná se desenvuelve según el sentir de la exégesis generalizada en un contexto de Alianza mediante un simbolismo mucho más explícito que el que señalábamos en la Anunciación.

¿No son en realidad en Caná, se pregunta la exégesis, Jesús y María, el Señor y la Mujer / Iglesia, los verdaderos esposos que contraen nupcias y sellan una Alianza irrevocable? Avanzando, aun sin pertenecer al grupo de mujeres que seguían a Jesús, en la peregrinación de la fe, con los ojos fijos en su Hijo, absorbiendo y haciendo suyas las actitudes del Señor, María es convocada y transformada en la Mujer de la Alianza.

En virtud de la más intensa y profunda transformación en fe que el camino hacia la Hora del Calvario comporta, y en virtud de la consiguiente asimilación de los caminos del Mesías Redentor y de su persona, María aparece con mayor verdad, como la *Mujer (Iglesia) en Alianza con Dios*.

Alianza fundada en una compenetración creciente en Jesús, que se traduce de manera inmediata y diríamos espontánea, en la Misión de comunicarlo como percibimos que María lo hace ya en esta tierra. Conviene subrayar esta nota apostólica, tan connatural a la Alianza con Dios, y al mismo tiempo tan marianista.

La Virgen visitada por Dios en Nazaret, visita inmediatamente a Isabel para llevarle la alegría de Jesús; presenta a Jesús en el Templo poniéndolo en brazos de Simeón; cuando llegan los Magos a adorarlo, y lo encuentran con María, la madre del Rey.

María no se interpone entre el creyente y Jesús sino que su mediación consiste en acercar a Jesús al creyente. También en el caso de Caná remite a los servidores a Jesús con palabras que por señalar hacia el centro de la fe debían según Lutero escribirse con letras de oro, y que en la tradición marianista resumen la dimensión apostólica de nuestra devoción: *Si él os dice algo, hacedlo*.

María Mujer / Iglesia en la Hora de la Cruz. El lugar de María en la Alianza

Jesús mismo muerto y resucitado, eucarístico y glorioso, es nuestra Alianza. Ahora bien, no hay Alianza, ni testamento, ni herencia, si alguien no la acepta a la muerte del testador.

El grupo de estudio católico - protestante autor del libro *María en el Nuevo Testamento*¹⁴ señala que la misión de Jesús no sucumbe porque María y el discípulo amado acogen su herencia de Jesús al pie de la Cruz.

María aparece así según expresión de Joseph Ratzinger como *Iglesia en origen*, - *Ursprung*- no simple punto de partida sino hontanar alimentado por el propio Jesús, de las mismas aguas que alimentarán el hilo, el arroyo, el río anchuroso del discurrir sereno o encrespado de la Iglesia a lo largo de la historia¹⁵.

¹⁴ R.E BROWN, K.P DONFRIED,... *María en el nuevo testamento. Una evaluación conjunta de estudiosos católicos y protestantes, patrocinada por el Diálogo Luterano-Católico Estadounidense*, Salamanca, Sígueme, 1986.

¹⁵ La analogía antiquísima (Clemente de Alejandría, Ambrosio de Milán...) o coincidencia simbólica entre María y la Iglesia viene siendo recuperada desde finales del XIX por un amplio movimiento teológico, sobre todo de lengua alemana pero con eximios representantes de otras lenguas. Representantes eximios de esta corriente son o han sido, además del Papa actual (cuyo bello discurso en la Inmaculada 2005 a los cuarenta años del Vaticano II conviene releer), H. Urs von Balthasar, pero también Karl Rahner, su hermano Hugo (desde la patrística), Yves Congar, René Laurentin, Cettina Militello. Significativa fue la obra de Otto Semmelroth, *María arquetipo de la Iglesia*, publicada en castellano, y resulta obligado citar mucho ayudaron en el mismo sentido dos tesis doctorales. La de H. COATHALEM,

En cuanto madre y en cuanto creyente María se compenetró con su Hijo y con su estilo mesiánico, y al identificarse con Él movida por el Espíritu Santo quedaba Ella misma libre y liberada, suelta para la Misión de liberar.

María, modelo perfecto de acogida de Jesús como único Señor, es así prototipo de Iglesia. Ello contribuye de manera decisiva a dilucidar su lugar en el plan de Dios, porque supeditada por su fe del todo a Jesús, evita que la mirada creyente se bifurque entre su Hijo y Ella misma. Esto por otra parte no la aleja de Jesús, pues tanto más crece Él como Señor cuanto más avanza la Iglesia en la peregrinación de la fe, y viceversa, bebiendo de las aguas que brotan del costado de Cristo, la Iglesia se hace tal en cuanto alimentada por su genuino hontanar, y crece como María siendo siempre en el correr de los tiempos Iglesia *in Ursprung*, Iglesia en origen.

En alianza con María

La Iglesia no es sino el *Christus traditus*, entregado a sus seguidores y traicionado por sus enemigos, Iglesia de santos y de pecadores, unos y otros tantas veces en coincidencia inescrutable.

La Iglesia es Iglesia en la medida en que acepta la herencia de Jesús y toda su obra, en la medida por tanto en que, cosa no fácil, se acepta también a sí misma.

El creyente que se toma en serio su fe, precisamente éste, no pocas veces *topa* con su Iglesia, con el pecado de sus miembros, o la rigidez de su magisterio, y se pregunta ¿por qué la Iglesia? Si el Señor es lo esencial ¿por qué no prescindir de ella para mejor acercarse a Jesús?

No es posible. Por mil caminos la Iglesia nos entrega la Revelación, el sentido de la Palabra, la mediación de los pastores, el testimonio actual de tantos que vivieron o siguen viviendo en ella. La Iglesia constituye así el lugar no exclusivo pero sí privilegiado de comunión en el Espíritu.

Pero siendo asimismo Iglesia de pecadores, toda ella se encuentra sujeta a discernimiento y autocrítica, que, comenzando por la vida de quien así se interroga, tendrá como criterio y punto de referencia la vida del mismo Jesús, y la de sus testigos que su Espíritu va suscitando dentro y fuera de la Iglesia católica, compañeros nuestro caminar a lo largo del tiempo.

Entre todos ellos la propia Iglesia descubrió desde muy antiguo ese eximio, modelo de todos ellos, María designada como *tipo*, o sea como referencia empírica y concretísima de las actitudes que todo creyente ha de desarrollar para adentrarse en el conocimiento del Señor, e incorporarse a la comunión eclesial no sólo con el cuerpo sino de corazón.

Desde este punto de vista cobra relieve la propuesta extendida estos últimos años en la vida marianista de trabajar hacia un *modelo mariano* de Iglesia con los ojos puestos en Jesús y en la manera que María tenía de acogerlo; con los ojos puestos en el mundo y en la manera como María permanecía abierta a todas las necesidades.

Para ello se impone trabajar *en alianza con María*, como el discípulo amado que en la Hora de la Cruz se encontró en la Alianza no por el simple hecho de dar cobijo material

H., *Le parallélisme entre la Vierge et l'Eglise dans la tradition latine jusqu'à la fin du XII^e siècle*, sostenida en 1936 fue publicada sólo en 1954 por la Universidad Gregoriana, y calificada como muy penetrante por el gran Laurentin que a su vez escribiría María, prototipo e imagen de la Iglesia, en MS IV/2, Madrid, 1975, 234-330; la otra tesis de A. MÜLLER, *Ecclesia-Maria*, Fribourg (Suisse), Paulus Verlag, 1951 (1955²) con dos ediciones en poco tiempo fue presentada por su autor en el Congreso de la PAMI, de Lourdes 1958, poco después de la definición de la Asunción, y apenas unos años antes de la convocatoria del Vaticano II, que recogerá tal aportación sobre todo al hablar de María en la Iglesia en *Lumen Gentium* 63-65.

a María recibéndola en su casa, sino por tenerla como indica el texto griego, εἰς τὴν ἰδίαν, entre sus relaciones más queridas.

María no se halla nunca sola ante Jesús en la Alianza. Se relacionó con otras personas acercándolas a Jesús como ya hemos dicho. Desde la Hora del Calvario, obediente a la palabra de su Hijo, siendo la Mujer de la Alianza, se situará en ella en alianza con el discípulo –con todos los discípulos de su Hijo a lo largo del tiempo- desempeñando las funciones de madre hacia quienes a su vez debemos considerarla como tal.

Se ha propuesto considerar a María como *hermana*¹⁶ y no sólo como madre, lo que ayudaría a superar las ambigüedades que, atendiendo a la experiencia vivida y a la psicología dinámica, pueden derivar de la aplicación exclusiva del arquetipo materno a nuestra Señora.

María, como hermana y despojada de protagonismo excesivo, estimularía las relaciones entre todos, el carisma de cada persona o institución; aparecería así en la Comunión de los Santos, sin pretensiones de privilegios, y despojada de protagonismos excesivos.

Admitiendo la sugerencia conviene advertir que la madre consecuente con su propio papel, nunca monopoliza sino que trabaja de manera incansable y discreta para integrar a la familia promoviendo con su presencia en cada uno de sus miembros la buena relación que corresponda a cada situación y a cada momento.

Esto se aplica muy bien a la dimensión comunitaria del carisma marianista. Estar en alianza con María tiene como consecuencia la relación fluida, suelta y servicial, que cabe esperar de quienes en la Familia marianista se consideran como hermanos. Este espíritu de familia ha sido una de las constantes de nuestra espiritualidad, relacionada siempre con la presencia sentida de la Madre más que con la multiplicación de los actos de devoción hacia Ella.

De este modo estando *en alianza con María*, todos en la Familia marianista se encuentran, ellos también en alianza de unos con otros entre sí, y todos fomentarán ese modelo mariano de Iglesia a que nos hemos referido, más importante según el Papa actual que el propio principio petrino. Poniendo en Ella la mirada nunca caeremos en la tentación de proceder en sentido contrario configurando a María –y a la doctrina del Fundador...- a medida de nuestros deseos, en vez de discernir éstos a la luz de las actitudes evangélicas de la propia María.

Queda así claro que estamos *en alianza con María*, para estar *con María en la Alianza*. De ahí que -supuesto un conocimiento de la propia María *interno*, amoroso, producto del estudio y la contemplación, y traducido en compromisos de Iglesia- *estar en alianza con María*, pueda ser considerada como *la intuición mariana y carismática más profunda* de nuestro Beato Padre.

Detengámonos aún un momento en este punto.

¿Por qué María?

¿Por qué estar en alianza con María contribuye tan singularmente a poner a los creyentes en alianza entre sí, y a todos ellos y a cada uno en Alianza con Dios? ¿A qué se debe tal excelencia de María y su eficacia singular para acercarnos a Cristo?

Antes de buscar la respuesta en el Vaticano II, meditemos un texto especialmente significativo -quizá el que más- al respecto de nuestro Beato Fundador, que, anciano y en medio de las dificultades de sus últimos años sigue contemplando la figura de María, e invita al P. Jules Perrodin, que tanto afecto le tenía, a descubrir con él el lugar de María en el plan de Dios:

¹⁶ Elisabeht A., JOHNSON, *Truly our sister*, Continuum, 2003 (*Verdadera hermana nuestra, teología de María en la comunión de los santos*, Herder, Ba, 2005, 380 pp).

El amor de Jesucristo por María es eterno en razón del designio eterno de su Encarnación. ... [Ese amor] adquiere en el corazón de Cristo su máxima expresión humana.

Lo que no ceso de admirar... es que María en el momento de la Encarnación fue asociada a la fecundidad eterna del Padre por su fe viva, que, animada por una caridad inconcebible, engendró la humanidad de su Hijo adorable.

*Es también la fe, hijo querido, la que nos hace concebir en nosotros mismos a Jesucristo: **Cristo habita por la fe en nuestros corazones... les dio el poder de ser hijos de Dios.***

Todos los tesoros de la divinidad se concentran en María gracias a la fe que la animaba; así ella se transformó en plenitud de gracias, en fuente de vida¹⁷.

El texto, tomado de una carta de dirección espiritual a alguien muy afecto al Fundador, es de 1843; escribe un Chaminade anciano. Desmenucemos el texto:

1. *Todo procede del amor de Jesús por su madre*, protológico anterior al tiempo, eterno, donde Padre Dios realiza con amor la elección de cada criatura, y la llama no a competir sino a verter su amor y recibir el de las demás, entrelazándose todas para alcanzar así la felicidad perfecta que Dios prepara para todos y cada uno de sus hijos haciéndolos a todos hermanos entre sí.
2. Esta gracia situó a María en el misterio de la Encarnación *asociándola a la fecundidad eterna del Padre*. O sea una manera que jamás puede ser igualada por criatura alguna pues sólo a Ella corresponde la prerrogativa, no el privilegio, de ser la madre de Jesús, el Verbo encarnado y redentor. Privilegio implica exención de una ley de obligado cumplimiento para la generalidad de los mortales; prerrogativa, algo que por la naturaleza misma de las cosas resulta inseparable del ejercicio de una misión que de otra manera sería imposible realizar.
3. La llamada de Dios encontró en la Virgen la respuesta de su fe que la hizo concebir con caridad inconcebible a Cristo en su corazón. Por la puerta abierta de su fe entró en María el Amor del Espíritu que la colmó convirtiéndola a Ella misma *en fuente incomparable de gracias*, no sólo para engendrar a su Hijo, sino para implicarla en su obra redentora, tomando parte activa en ella como hemos visto. De nadie como de María se vale el Espíritu Santo para conducirnos a nuestro Señor; la gracia de cada creyente ayuda a otros, y todos se unen entre sí. Pero ninguno puede ayudar como María.

Toda la gracia de María procede de su condición, única, de ser la Madre de Dios. Chaminade con tantos otros lo hizo notar con claridad:

"Cuantos predicadores quieren hablar de María, aunque tomen por base otros textos, vienen a parar en éste: María de la que ha nacido Jesús" (Mt 1,16)".

En orden a su misión la Elegida y Bienamada, fue enriquecida como enseña el Vaticano II, con un don de gracia tan extraordinaria que "aventaja con creces a todas las otras criaturas, celestiales o terrenas" (LG 53). Pero siendo al mismo tiempo redimida por Cristo, peregrina en la fe, situada dentro de la Iglesia, compartiendo siempre el destino de sus hermanos.

Fue la Madre de Dios por ser la madre de Jesús haciendo participar a su Hijo de la humilde condición del *pueblo de la tierra*, situándolo por nacimiento *bajo la ley*. María fue grande por ser la mínima María de los evangelios a quien el Papa Bueno, el campesino menospreciado por sus compañeros de estudio, relegado en la Iglesia durante

¹⁷ En carta a M. Perrodin, EM II 116

la mayor parte de su vida, invocaba diciendo *O umillima Maria fac me tibi similem*, humildísima María, hazme semejante a ti.

Si en muchos creyentes, y sobre todo en los santos encontramos *tipos* o modelos que nos estimulan con su presencia y con vida, mucho más sucederá eso con María, figura y espejo de una Iglesia que ojalá fuese pobre entre los pobres.

Con esta María quieren las y los marianistas estar *en alianza*, con el fin de estar *con Ella y como Ella en la Alianza*, acogiendo a Jesús y escogiéndolo como Señor por la fe. He ahí dónde reside la fuente del carácter *prototípico* de María en la Alianza.

La María de Chaminade y el Chaminade de María

Tanto mejor podrá desplegar María su influencia en la Iglesia, cuanto más los miembros de ésta se abran a Ella reconociéndola con amor y se pongan a su servicio descubriéndola como instrumento sin par del Espíritu Santo en orden a la renovación de la misma Iglesia, y de la misión de ésta en el mundo.

De este “conocer” a nuestra Señora de Chaminade como Mujer y Madre en la Alianza, algo queda dicho. Es la Bienamada Madre que cubierta con la sombra del Espíritu Santo, fue ya la Mujer de la Alianza al compenetrarse con el misterio de su Hijo como creyente y como madre.

Continuó siéndolo cuando impulsada por el mismo Espíritu Santo avanzó en la peregrinación de la fe hasta la Hora del Calvario, donde junto con el discípulo amado, el primero en hacer alianza con Ella, se convirtió en Iglesia en origen, enviada en seguida en Misión por el Espíritu de Pentecostés hasta el fin de los tiempos.

El carisma del BGJ, *estar en alianza con María para estar con Ella en la Alianza*, vale la pena. Con ese fin las religiosas y los religiosos marianistas emiten el voto de estabilidad, y los laicos adoptan compromisos especiales en diferentes Comunidades dentro de la Familia marianista.

El carisma del Fundador no es una “entelequia” en el sentido de ficción fantasmagórica sino en el sentido fuerte y primero de ese término: “proceso dinámico que lleva en su entraña el horizonte hacia el que se dirige” (ver la entrada *entelequia* del acreditado *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora)¹⁸.

Hay que actualizar al BGJ “desde lo esencial de aquella inspiración”, sí, pero respetando su personalidad insustituible de Fundador que supo que el vigor auténtico de la gracia del Espíritu Santo se expresa de manera plural y se vive con mayor o menor intensidad -tanto en la Iglesia como en la Familia marianista-, según la medida de gracia de cada uno.

El método Chaminade consistió en congregar, observar, estimular, incorporar de manera progresiva a mayores responsabilidades a quienes descubría movidos por el impulso fuerte y suave del Espíritu. A éstos los invitaba progresivamente a asumir mayores compromisos y responsabilidades más serias. Iba así creando, generando Familia con la inquebrantable fortaleza de la Mujer expresada en la ternura incomparable de la Madre.

¹⁸ De una carta abierta de E. Llano enviada vía e-mail, reflejo de una intervención suya en el IV Encuentro Internacional de la Asamblea de Fraternidades en Burdeos 2005: *En nuestro caso pretender que sea Chaminade el motor de la realidad actual es una entelequia. Por mucho que digamos, y puede que con verdad, que los tiempos son parecidos y que fue un hombre adelantado a su tiempo, una persona de hace doscientos años, que vivió unas circunstancias muy especiales y en un contexto social, eclesial y teológico muy determinado, no puede ser el motor de personas de hoy, o al menos el único y principal motor. Hacen falta personas vivas que, desde lo esencial de aquella inspiración y actualizándola, lideren una forma de vivir que hoy resulte atractiva y que reúnan en torno así a los que quieran seguir ese camino.*

Conocer al Beato Guillermo José y conocer su carisma exige ser pacientes como él, y recurrir mucho al trato personal sin radicalismos contraproducentes.

Chaminade nunca será en la Familia marianista, en la suya, un líder caducado. Ya fue una vez descartado, y con qué crueldad. No reincidamos por pereza o ignorancia. Volviendo los ojos hacia él y leyendo sus papeles con cariño, nos adentraremos sin exageraciones ni posturas minimistas en el conocimiento amoroso de la única María, la del Evangelio, y comprobaremos por qué el carisma del Beato Guillermo José constituye el camino mejor para llegar hasta Jesucristo e identificarnos con Él.

¿Por qué una vez más? Porque no hay Cristo sin Iglesia, ni Iglesia cabal sin encontrar en María el mejor espejo de sí misma.

© Mundo Marianista